



Trabajo y Sociedad

Sociología del trabajo- Estudios culturales- Narrativas sociológicas y literarias

Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (Caicyt-Conicet)

Nº 46, Vol. XXVII, Verano 2026, Santiago del Estero, Argentina

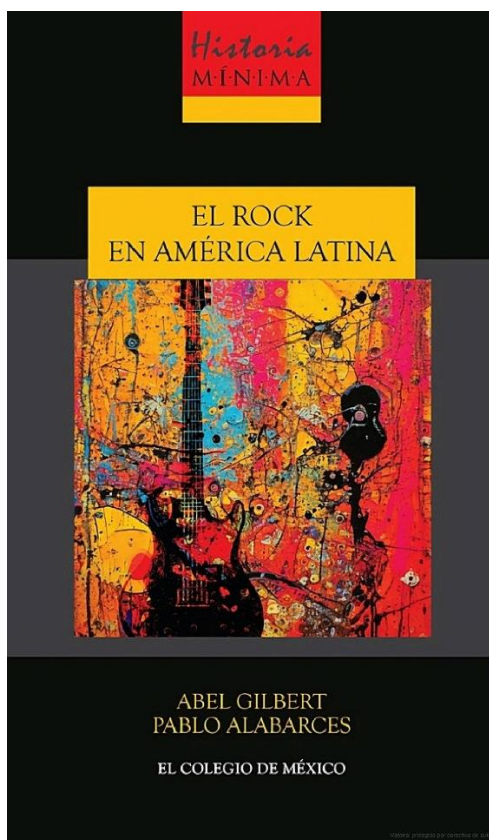
ISSN 1514-6871 - www.unse.edu.ar/trabajosociedad



Es como un viento nuevo

Sergio Pujol *

Reseña de *Historia mínima del rock en América Latina*, de Abel Gilbert y Pablo Alabarces. El Colegio de México. ISBN 978-631-6683-11-3, 330 pág.



El 8 de diciembre de 2000, Fidel Castro se desplazó al parque de 21 y H, en el Vedado, La Habana, para conocer en persona la estatua de John Lennon esculpida por José Villa Soberón. Este

* CONICET/UNLP. Historiador y escritor. Sus libros más recientes son *Gato Barbieri. Un sonido para el Tercer Mundo* (Planeta, 2022) y *Por qué escuchamos a Louis Armstrong* (Gourmet Musical, 2023).
Correo: sepujol@yahoo.com.ar

Memorial Lennon a lo cubano – sin duda más regio que el sobrio que yace en el Central Park de Nueva York- está emplazado en un banco del citado parque. Acompañado por Silvio Rodríguez, Castro se sentó unos minutos al lado del autor de “Imagine” y allí hizo un acto de contrición por no haber entendido en su momento a la cultura rock en su punto de mayor ebullición. “Creo que lo que ante mis ojos lo engrandece es su pensamiento, sus ideas, que empiezo a conocer ahora.” Podemos imaginar la sonrisa de Silvio, no exenta de ironía, al escuchar estas palabras del Comandante. Quizá recordó entonces lo que solía cantar el trovador Carlos Varela: “Cuando los discos de Los Beatles/ no se podían tener/ los chicos descubrieron/ que sus padres los escuchaban también...”

Con la descripción del encuentro del líder revolucionario con el ícono de la rebelión cultural de los años sesenta, Abel Gilbert y Pablo Alabarces inician el capítulo de *Historia mínima del rock en América Latina* (Prometeo Editorial/El colegio de México, 2025, 324pp) dedicado a Cuba. La escena recreada epitomiza el eje principal de un libro notable. Dividido en seis capítulos, una introducción y un epílogo, el trabajo aborda las historias “mínimas” y situadas de la cultura rock en Cuba, México, Brasil, Chile, Argentina/Uruguay y Perú y la zona andina en general. Por lo pronto, el trabajo nació de una inquietud nada extraña a las líneas de investigación que los autores vienen transitando desde hace tiempo. Gilbert es compositor, docente universitario y escritor. Es autor de *Satisfacción en la Esma, música y sonido durante la última dictadura (1976-83)*, *Piazzolla, el malentendido* (con coautoría con Diego Fischeman) y *Un muchacho como aquel, una historia política contada por el Rey* (en coautoría con Alabarces). Alabarces es sociólogo cultural, investigador y docente universitario. Es autor, entre otros, de los libros *Peronistas, populistas y plebeyos*, *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la Nación* y *El fútbol en América latina*.

Una pregunta tácita recorre este nuevo libro de autoría conjunta: ¿cómo abordar una historia de las prácticas de “música joven” en Latinoamérica en relación a los procesos políticos que sacudieron el continente a lo largo de los años sesenta y setenta, cuando la modernización de cuño desarrollista y la revolución socialista eran dos polos en disputa? En ese marco histórico, cada país de América Latina metabolizó la irrupción del rock según determinadas matrices identitarias, pero en todos los casos a partir de una secuencia general: de la mimesis de Elvis Presley y sus epígonos (el viejo rock and roll, ese baile insolente) a la influencia del poderoso ecumenismo pop de The Beatles (esos flequillos con guitarras eléctricas en inglés); y, luego, de la contracultura (hippies, drogas y la idealización de Woodstock) a una suerte de latinoamericanización del rock en tiempos de globalización acelerada (la Patria Grande por MTV y estadios rebasados). Una secuencia histórica que los autores revisan críticamente, deconstruyendo mitos y cuestionando algunas creencias fuertemente instaladas. El método *indicial* de historia cualitativa propuesto por el célebre historiador italiano Carlo Ginsburg (nutrido, a su vez, de los estudios de Foucault), se

impone aquí sobre la mirada panorámica o integral, si bien, en líneas generales, el libro cubre satisfactoriamente una amplia gama de temas y escenas fundantes del ser joven en América Latina. (Eso sí; las escasas referencias al rock del siglo XXI nos dan pie para pedirles a los autores que escriban una segunda parte de esta historia).

La cita de Fidel con John en un parque de la isla de la revolución tiene la carga simbólica de una reconciliación. En todos los casos “nacionales” estudiados por Gilbert y Alabarces, el desarrollo del rock estuvo signado por fuertes fricciones políticas e ideológicas. Estas fricciones se daban, en primer término, entre un estado autoritario y lo que el teórico de la contracultura Theodor Roszak denominó “la rebelión de los centauros”. ¿Ejemplos? La dictadura brasileña de 1964 ensañándose con Caetano Veloso y Gilberto Gil, entre otros. O las *razzias* contra los hippies porteños en tiempos de Onganía. Pero las tensiones generadas por el híbrido rockero también se producían dentro del campo político-cultural, allí donde el mote de “pequeño burgués” o de “mascarón de proa del imperialismo cultural” eran moneda corriente a la hora de descalificar al rock por izquierda. ¿Ejemplos? El partido Comunista chileno escandalizado porque en el festival Piedra Roja, en el que actuaron Los Jaivas y Los Blops, las asistentes llevaban ingentes cantidades de pastillas anticonceptivas en sus carteras. O el periodista y escritor Carlos Monsiváis criticando ásperamente la movida rockera de “la nación de Avándaro”, a la que denunciaba como “ejemplo de colonialismo mental en el Tercer Mundo” (Es verdad que, lúcido como era, Monsiváis se corregiría y reconocería lo desmedido de su diatriba). También cuadra como ejemplo la movida encabezada por una muy joven Elis Regina contra ¡la guitarra eléctrica! En la supuestamente más cosmopolita Argentina las cosas no eran muy diferentes, a juzgar por la indiferencia de muchos intelectuales de izquierda frente a las músicas de Luis Alberto Spinetta o Charly García, al menos hasta la última dictadura militar. Y un caso extremo (si bien confuso) de desencuentro entre izquierda y rock: en el Perú de Juan Velasco Alvarado, Carlos Santana y su banda debieron abandonar el país tras una serie de disturbios ocasionados tanto por la derecha conservadora como por la izquierda radical.

Una historia descentrada, por momentos de aire revisionista – provocativamente, Gilbert y Alabarces ponderan al grupo uruguayo Los Shakers por sobre Los Gatos y otros adelantados de la orilla occidental del Plata –, que le dedica tanto espacio a explicar la masacre de Tlatelolco de 1968 como a la línea de tiempo de las bandas y solistas mexicanos que va de Enrique Guzmán a Café Tacuba, pasando por Botellita de Jeréz y La Lupita, nos ayuda a entender la fisonomía del rock en el marco de las transformaciones sociales y culturales que hicieron de América latina un escenario de ebullición revolucionaria y contrarreforma macarthista.

La figura de Gustavo Santaolalla en tanto pionero del “giro andino” es objeto de un análisis minucioso. Se trata, en este sentido, de una suerte de reparación histórica ante la escasa

producción bibliográfica existente sobre su trayectoria y su figura. Tanto durante sus años con Arco Iris como en el posterior rol de productor de una escena musical latinoamericana, Santaolalla desarrolló una suerte de mestizaje sonoro a manera de síntesis entre lo “importado” y lo “local”, algo similar – si bien con insumos diferentes – a lo que produjeron Hugo Fattoruso y los demás montevideanos del candombe beat. El creador de *Sudamérica o el regreso a la aurora* le cantó entonces a llegada de un viento nuevo, gestante. Lo hizo en paralelo con las búsquedas latinoamericanas de Leandro Gato Barbieri y Anacrusa. Años más tarde, ya convertido en un astuto productor y articulador del pop y el rock del continente, Santaolalla avanzaría en aquella dirección, pero sobre una imagen de América Latina muy diferente, ahora animadamente celebrada en los Grammys y en los Oscars. ¿Una realidad musicalmente menos interesante y políticamente desalentadora? Es probable.